

Mi examen profesional

Sarita era mi madre, una mujer espectacularmente elegante, con mucho porte, siempre bien arreglada y lista para salir a disfrutar el momento. Era una excelente anfitriona, le encantaba organizar reuniones y recibir gente en su casa; gracias a ella yo aprendí desde pequeña el concepto del servicio y voluntariado.

Mi papá falleció en México de enfisema pulmonar en el año 1985, y tiempo después mi mamá se volvió a casar con otro hombre maravilloso, Manny, y se fue a vivir con él a Florida, en los Estados Unidos de Norteamérica. Cuando Manny enfermó de cáncer, ambos me contaban sobre los increíbles servicios que estaban recibiendo del *Sun Coast Hospice* en Tarpon Springs, Florida.

Fue gracias a esta triste experiencia que yo conocí el modelo de atención de cuidados paliativos, hecho que cambió mi vida, ya que cuando fui a despedirme de él a Florida observé la maravillosa labor que ahí realizaban con los enfermos en fase terminal y con sus familias, y fue entonces cuando decidí que lo quería replicar en mi país.

La relación con mi mamá era lejana, hacía más de veinte años que ella no vivía en México y, a pesar de que hablábamos por teléfono una vez a la semana y nos hacíamos visitas una vez al año, no había mucho en común, aunado a que teníamos una historia de incompatibilidad y algo de celos por mi papá.

Tiempo después del deceso de Manny, mi mamá conoció a Robin, con quien vivió nueve años. En la última visita que les hice, en diciembre de 2013, observé que ambos estaban atravesando por una especie de demencia senil, e intenté buscar un asilo donde pudieran estar los dos juntos con supervisión y apoyo. Robin se negó rotundamente a que los movieran de su casa, y mi mamá lo apoyó. Yo sólo respeté su decisión.

En abril de 2014 recibí una llamada telefónica de una vecina y amiga de mi mamá, quien me informó que Robin había ingresado al hospital por neumonía y se quedaría ahí por algunos días; que no sabía qué hacer con mi mamá ya que era totalmente dependiente y ella, la amiga, se tenía que ir a trabajar y no podía cuidarla. Al día siguiente llegué a Florida, y aquí es donde considero que dio comienzo mi examen profesional.

Al llegar a la pequeña ciudad de Tarpon Springs, donde ellos vivían, lejos de la mujer elegante, con porte y siempre bien arreglada, encontré a una

mujer totalmente desvalida, dependiente, que necesitaba asearse y arreglarse con urgencia. La casa también estaba en muy mal estado y necesitaba una limpieza y acomodo profundos. En cuatro meses, desde mi última visita, el escenario se había descompuesto intensamente.

Pensé que era mi oportunidad para lograr moverla de esa casa, pero después de rebuscar por cajones, archivos y cajas, me percaté de que ella no contaba con pasaporte vigente, ni mexicano ni estadounidense, y no había forma de sacarla de ese país sin hacer el trámite necesario, lo que me llevaría cuando menos tres semanas.

Muy en contra de sus deseos, comencé a hacer la limpieza, iniciando con ella misma. Con mucho esfuerzo la metí a la regadera y poco a poco le fui quitando costras de mugre que tenía adheridas a su piel; muy pudorosa, me decía que ella se podía bañar sola, que le daba pena que tuviera yo que molestarme en hacerlo; le quité su puente dental y lo lavé a conciencia, cambié las sábanas y las toallas, y ordené lo que pude en la cocina y la sala.

Cuando ese día ella se durmió me quedé un rato en la sala, en silencio, para observar y analizar la situación. Estudié las posibilidades reales que tenía, y decidí aprovechar la oportunidad que la vida me daba para hacer un reencuentro con mi mamá. Me vinieron a la mente las experiencias que como consejera tanatóloga paliativista había yo tenido con las familias atendidas, y decidí poner en práctica lo que yo tanto había estudiado y pregonado.

Dejé mi trabajo totalmente a un lado, cancelé consultas y entrevistas que tenía programadas, y me dediqué a atenderla en cuerpo y alma. Decidí tratar de verla con otros ojos, dejar de lado nuestra historia y comenzar a conocerla sin meter en medio ni mi juicio ni nuestros antecedentes.

Conforme pasaban los días fui descubriendo en mí un amor y una paciencia para con ella que no sabía que podía yo tener, y le dije: “Mamita..., permíteme ayudarte y acompañarte en esta etapa de tu vida, es un regalo que la vida me da, el poder retribuirte un poquito de lo mucho que tú me has dado”. (Al escribirlo ahora, se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas).

Era mi tiempo de ceder y darle su lugar como mi madre, mi progenitora, el ser que me trajo al mundo a pesar de que ella ya no quería tener más bebés. Era mi momento de honrarla, reconocerla y decirle: “Tú eres la grande, yo soy la pequeña, pero necesito ayudarte en esta etapa de tu vida”. “Tú eres mi mamá y yo soy tu hija, la chiquilla”, puesto que, a pesar de ser la menor de la familia de cuatro hermanos, fui la que siempre asumió las responsabilidades y acciones necesarias para protegerla.

Pude experimentar en ella claramente la conexión y desconexión que viven algunos adultos mayores, donde en un momento se sitúan en el presente y pueden mantener una conversación y reconocer personas en las fotografías, y un minuto después no tienen idea de quiénes son y pueden agredir a quien tienen a la mano, que generalmente es el cuidador primario.

Antes de viajar a México le organicé una reunión de despedida con sus amigas, durante la cual mi mamá estuvo coherente y participativa como no la vi en las últimas semanas. Hablando con ellas de las travesuras que hacían, las fiestas, las reuniones y todo lo que compartieron, lo que yo suponía había olvidado, pero con lo que la presencia de sus amigas le había permitido volver a conectarse y recordarlo todo.

Gracias a esta convivencia con mi mamá experimenté en carne propia lo que viven un adulto mayor y su familia, cómo es que éste se conecta al presente y de repente se desconecta, y puede parecer que está manipulando o que no tiene coherencia en sus reacciones. Si a esto le sumamos historias de vida de manipulación o victimización, la circunstancia se vuelve muy tensa.

Estoy segura de que ella no sabía quién era yo, pues no me llamaba por mi nombre, solo buscaba mi mirada, y cuando nos reunimos con sus amigas me presentó con ellas como “una vieja y querida amiga”, pero sé que en el fondo ella sabía que podía confiar en mí. Quizá ella no sabía quién era yo, pero yo sí sabía quién era ella, y con eso yo tenía suficiente.

Finalmente llegó el pasaporte y un viernes viajamos a México; mi hijo nos recogió en el aeropuerto y le preguntó a mi mamá qué quería comer. Con toda la naturalidad del mundo, ella le contestó: “Pues tacos”, como si no hubiera otra respuesta posible. Fuimos a comer, y cuando llegó la comida, mi mamá tomó y comió el taco con la elegancia que la caracterizaba, con el dedo meñique parado.

Al día siguiente la quería llevar al salón para que le arreglaran sus uñas y la embellecieran como a ella solía gustarle, pensando que eso la ayudaría a sentirse bien..., o mejor dicho, para que yo me sintiera bien al verla bella, elegante, arreglada, tal y como recordaba que ella era. Su hermana me sugirió que no la sacara, que le permitiera ubicarse para que se ambientara y familiarizara con el lugar.

Para mí ha sido una gran satisfacción saber que pude acompañarla y apoyarla en sus últimos momentos, haber estado ahí para ella sin importar nuestra historia ni el ayer, sino sólo el aquí y el ahora. Fue un gozo que no tiene precio. Al final dejó de ser Sarita para convertirse en MI MAMÁ, a la que tomé y honré.

Esta gran experiencia me brindó las herramientas necesarias para poder compartir el hecho contigo el día de hoy, y ponerlo como ejemplo para beneficio de los demás, comprendiendo la importancia que tiene el no engancharse con el pasado.

Tuve la oportunidad de vivir en carne propia el dolor que me generó el sentirme mamá de mi mamá, y reconocer que yo soy la hija y ella la mamá, como había sido siempre, sólo que ahora ella necesitaba alguien que la cuidara y guiara. Fue entonces, cuando lo identifiqué, que le di su lugar y le pude decir: “Tú eres la grande, yo soy la pequeña; tú eres la mamá y yo soy tu hija”.